

LA EDAD MADURA.



SEGUNDA SERIE.—1858.

La edad madura.

AÑO XVI. 22.

Presentamos un lindo cuadro á nuestros lectores, composicion de Tom Joanot, de quien hemos dado el cuadro de la Infancia.

Los años de inspiracion y de esperanza están ya lejos; el hombre ha revestido sus armas para entrar en la lucha y ha conservado la amargura de los reveses que le seguian y de los trabajos. Su frente en otro tiempo tersa y luminosa cual un rayo de estío se halla cargada con la luz del otoño. Esa carrera en que entraba escuchando el coro de las encantadoras de la juventud, la recorre hoy bajo el rudo mando de la realidad. En vano querria á veces volver á poner al paso su corcel y detenerse á la sombra: el viage está comenzado, preciso es que se concluya. Que sople el vendaval, que ruja el rayo, que el enemigo muestre el brillo de su lanza, poco importa! El soldado de la vida marcha adelante con la vista clavada sobre una estrella que brilla noche y día.

¡Temible edad de la responsabilidad! Momento de accion que clasifica definitivamente, rescata y acaba la fama del joven y asegura la del anciano!

¡Cuántas pruebas, pero tambien cuánta animacion! Si el combatiente vuelve dolorido el cuerpo por los golpes, quebrantado de fatiga, con el corazon oprimido de inquietud, allí abajo, en lo alto de una colina, divisa la torre-cilla donde habita la familia, y este pensamiento le calma y dulcifica todos sus dolores. En otro tiempo no era mas que un solitario viagero á quien nadie aguardaba. Ahora miradas interesantes espian el camino, por el cual, al llegar, le salen al encuentro.]

Protegido hasta entonces, ahora protege á su vez. Tiene en su mano la seguridad y la dicha de seres queridos que pagan con ternura sus beneficios: es su providencia visible; despues de Dios, á él es á quien invocan en sus alegrías ó en sus tristezas, y al que llaman en sus peligros.

¡Esta es la mision que ennoblece todos sus esfuerzos! ¿Qué seria del vigor y de la inteligencia del hombre gastada por él mismo? ¿En dónde encontrarían renovacion? ¿Qué simpatías despertarían en su alma? Si la actividad de la edad madura escita involuntariamente una especie de respeto es porque se sabe que es protector, solo se levanta y crece á su sombra. Aislado al guerrero cuya imágen representa el lapiz del artista y no os recordará si no la fuerza brutal: empero quitadle el casco y la espada para entregarlos en las manos de un niño, alargad esos dos brazos vestidos de hierro sobre los hombros de una jóven y una niña, y encontrareis la edad madura en su mas digno carácter: la fuerza: sosteniendo al débil y regocijándose con su amor.

SANTOS GONZALEZ.

TEMPLO DE MINERVA EN ATENAS.—Pericles, magistrado supremo, ó mas bien rey de la república de Atenas, un poco filósofo, buen orador y amigo de Fidias, quiso que su patria sobrepusiese á las demas ciudades griegas, tanto por la elegancia y riqueza de los monumentos como por la superioridad de los filósofos y oradores; propuso, pues, al pueblo reunido la construccion de un templo en honor de Minerva, protectora de Atenas. Despues de algunas dificultades fué adoptado el proyecto, y poco tiempo despues se ad-

miró en la ciudad de Atenas un magnífico monumento, todo de mármol verde rodeado de un peristilo del órden dórico acanalado; bajos relieves de la mano de Fidias y de sus discípulos adornaban los frontones y los pisos de aquella admirable obra, que fué conservada sin degradaciones notables hasta la mitad del siglo diez y siete. En aquella época los turcos habian hecho de él un almacén de pólvora, y una bomba lanzada por los venecianos le pegó fuego y quedó arruinado: lo que queda hace todavia la admiracion de los viageros aficionados á las artes que van á contemplar sus ruinas.

UNA NOCHE HORROROSA.

(Conclusion).

III.

LA NOCHE EN LA POSADA.

Cuando se dejó de ver á los gendarmes que habian pasado de aquel punto del camino y trepaban la montaña, salieron los bandidos de su retiro de hojas húmedas.

Bartoll, sin decir el motivo, no hizo mas que volver á subir á su prisionera al carruaje, que avanzó solo conducido por sus gentes, y la pequeña banda continuó andando á pie. El gefe de los bandidos, sin duda por una de esas costumbres de mundo que se encontraban naturalmente en él, hizo un movimiento para ofrecer su brazo á Albertina. La jóven le rechazó con una violenta repulsion, y caminó sola agobiada y temblorosa.

Sin embargo, en aquel momento comenzó á reflexionar en su situacion. Prometiéndose pedir socorro con toda la fuerza de su alma, y no mostrar á sus raptos ni lágrimas, ni terror, pensando con razon que en su funesta suerte, y no estando preparada, en aquellas críticas circunstancias una muger animosa está menos espuesta al lado de un gefe de bandidos que una débil niña siempre llorando.

En aquel sitio del viage se veia una inmensa masa blanca suspendida en la falda de las montañas que se distinguian en medio de la imponente oscuridad que reinaba. Reconoció Albertina el sitio en que se hallaba. Aquella construccion gigantesca era el fuerte de la Esclusa que domina con su altivez arquitectónica las cumbres de las montañas domadas á sus pies, y que arroja atrevidamente sus murallas sobre los bosques borrados á su sombra. Aquel monumento indicaba que habian hecho diez leguas desde Nantua, y que se hallaban á cuatro de Ginebra. Albertina recordaba que el año anterior sus padres la habian llevado allí á visitar el sitio en que el Rhódano andando entre masas de granito en las entrañas de la tierra, se pierde y no vuelve á reaparecer sino á una larga distancia á cielo descubierto.

Allí tuvo un recuerdo de su feliz juventud, y derramó allí las primeras lágrimas de sentimiento en aquella noche.

Despues de haber pasado el fuerte de la Esclusa, y en el

momento en que encontraban un camino de travesía, silbó Bartoll para llamar á sus gentes que dirigian el carruage, y les dijo solamente estas palabras:

—A la posada acostumbrada.

Los dos bandidos se dirigieron hácia una posada cuya luz se divisaba entre dos montañas. Aquella posada tenia una muestra en que se leía *Meson del Zorro*; y en efecto, mas que habitacion para personas parecia una madriguera para fieras. La sala baja en que entraron era bastante grande, alumbrada por un candil colgado del techo que esparcia una media luz sobre aquellas ahumadas y asquerosas paredes. Habia unos bancos negros empotrados en la pared, y delante de ellos unas mesas largas, sucias, cubiertas de manchas de vino y llenas de mellas de los golpes que los borrachos habian dado sobre ellas con los cuchillos. En el fondo habia un fogon y algunos vasares llenos de platos de barro, panes, tocino, carne salada, despidiendo todo un infernal olor al aceite del candil, á la grasa y al vino.

No era el disgusto de Albertina el verse introducida en aquella taberna, sino la cólera contra su raptor que la llevaba á su acostumbrada posada y disponia de ella con tanto atrevimiento.

Apeló á todo su valor, y retirándose á algunos pasos con continente firme é imponente, dijo á Bartoll:

—Caballero, despues de lo que habeis osado decirme no me obligareis á pasar la noche bajo el mismo techo que vos... Primero me arrojaré á uno de los abismos que nos rodean... Asi, si pensais que yo permanezca en esta casa debeis salir de ella.

—Albertina, respondió tranquilamente Bartoll, yo no os he unido á mi suerte para haceros penosa la vida.

La jóven pensó que el principio no habia sido tan agradable.

—Una noche pasada al raso no matará ni á mis compañeros ni á mí. Asi, en cuanto hayamos cenado os dejaremos libre en la posada del tío Beltran, y nosotros nos iremos á acostar en el hueco de alguna roca inmediata.

Bartoll habia sido servido en el meson como un parroquiano que mandaba como hombre que sabe los secretos que hay en él. El tío Beltran y su muger, dos viejos tan feos y repugnantes uno como otro, se agitaban en la taberna para preparar la cena, pero con un humor triste y macilento, sobre todo con ese silencio de los que tienen la conciencia sobrecargada y temen hacerse traicion con alguna palabra. Sus hijos, feos, mal vestidos, con un aire falso y salvaje, seguian todos sus pasos é imitaban sus modales obsequiosos con el rico viagero. El ruido de los utensilios en que preparaban la cena se aumentaba en el fogon inmediato; una negra columna de humo traia el olor de la carne que asaban, y que venia á ahumar la sala. Pusieron sobre la mesa varios vasos de vino y pan moreno, tenedores de hierro al lado de platos desportillados.

Cuando estuvo dispuesta la cena, Albertina se asombró de que los tres bandidos no cenasen juntos, suponiendo que no habia entre ellos mas distinciones que la mayor ó menor habilidad en robar y el valor en el combate; sin embargo, Bartoll se colocó solo en la mesa, y los dos hombres enmascarados que le acompañaban se fueron á comer á la cocina. La jóven no correspondió á la indicacion que Bartoll le hizo mostrándola un cubierto colocado á su lado.

Sentóse bruscamente, pero con la espalda vuelta á la mesa, y ocultó su cabeza en sus manos.

Sin embargo, miraba de reojo á Bartoll, á quien no habia hasta entonces observado bien. Las fatigas de aquella noche aventurera le habian dado ligeros colores que sentaban muy bien á su tez morena; sus cabellos echados hácia atrás descubrian una frente pura y elevada. Su rostro habia tomado una espresion infinitamente agradable despues del desórden y las incomodidades del viage. En la mesa se demuestra la educacion y los modales de cada uno, y no pudo menos de notar que aun cuando hacia su cena en una taberna, comia las chuletas que le presentaban con la mas esquisita elegancia.

Albertina, que le veia ahora bajo el verdadero punto de vista, se hallaba precisada á confesar que no habia nada que censurar en las formas elegantes de su seductor, de aquel ladron de camino real. Se apercibió de que sin decirle nada habian colocado delante de ella una taza de leche servida en una porcelana muy blanca y muy limpia. Persuadióse que para fortalecer su alma necesitaba sostener sus fuerzas físicas, y poco á poco se fué volviendo hácia la leche y echó mano al pan negro, y le comió con ese apetito que dan diez y ocho años.

Levantóse Bartoll, sus gentes salieron de la cocina despues de haberse puesto las máscaras, y el gefe de los bandidos, segun la promesa que habia hecho á Albertina, se alejó con sus compañeros, dejando á la jóven sola en la posada.

Quedóse ella allí, no sintiéndose, sin embargo, aliviada con la ausencia de su raptor, porque cuando se hallaba sola, perdida en el fondo de aquel pais desierto donde la tempestad de la noche les habia arrojado, le parecia todavia mas terrible el tío Beltran, y el rostro de aquellos pobres posaderos vistos á la luz del candil, le parecian el de unos hombres feroces y de cara patibularia. Albertina estaba asustada de verse entre aquellos huéspedes, y aun cuando el gefe de los bandidos no era seguramente un hombre capaz de tranquilizarla, sabia que la amaba y que la hubiera defendido de todo peligro aun á costa de su vida.

Mientras la hacian la cama continuó observando todo lo que veia en aquella taberna. El aire siniestro de la sala ahumada, todo le pareció que aquello era un sitio terrible. Habia al lado de la sala un hueco donde no llegaba la luz; no sabia Albertina que podria encerrarse en aquel hueco; solo sí veia delante un hacha con unas manchas negras, y algunos resplandores reflejaban en otras hojas de acero colocadas allí; tambien veia una porcion de vestidos rotos, manchados, de diversos tamaños. El resto se perdia en la sombra. Albertina notó que el hijo mayor de la casa, un moceton alto, seco, de cabellos rojos, dirigióse á aquel lado, y como si hubiese adivinado que la vista de la viagera se fijaba sobre aquellos objetos, los ocultó perfectamente arrojándolos hácia un rincon oscuro. Despues, como su blusa se destacaba un poco en la sombra, Albertina le vió desaparecer y no sabia dónde podria haberse bajado, y creyó que seria alguna trampa abierta de alguna cueva.

A cada una de estas observaciones parecia que un puñal traspasaba su corazon, y un frio sudor corria por su frente. Manteníase de pie, apoyada contra la mesa, con los ojos vagorosos y fijos sobre el punto donde habia visto

el hacha, sin duda manchada de sangre, los vestidos, sin duda propiedad de viajeros degollados en aquella taberna. Veía á aquel hombre volver á subir y bajar misteriosamente, ir y venir desde el fondo del subterráneo, donde tal vez habían ocultado los cuerpos de sus víctimas.

El tío Beltrán trajo tranquilamente una palmatoria con una vela de sebo, y dijo que el cuarto estaba listo.

Estremeciéndose... después, de repente, con una sonrisa afable:

—Tomad, le dijo quitándose ligeramente su reloj y alargándosele al tío Beltrán, tomad... para vos. ¡Habeis tenido tanto cuidado de mí!... ¡Ah! mis pulseras para vuestra mujer... se las doy... La sentarán muy bien.... Además este alfiler para ese muchacho... Y mis sortijas para esos chiquillos.

Así se desembarazó de todas las joyas que llevaba sobre ella, esperando salvar su vida.

La familia recibía aquellos regalos con un aire estúpido y asombrado, haciendo reverencias hasta el suelo.

—¡Qué aire tan tranquilo! decía para sí Albertina, Dios mío, qué bien acostumbrados están al crimen.

Después de esto subió lentamente la escalera que desde la sala conducía al piso principal, contando los escalones bajo sus trémulos pasos y pudiendo apenas sostenerse.

El primer cuidado de Albertina al entrar en el cuarto, fué formar una barricada detrás de la puerta, además de haber echado el cerrojo y la llave por dentro. Después colocó su palmatoria sobre una cómoda, cerca de la cama. Este movimiento la recordó la última noche pasada en casa de sus padres. En el momento que iba á meterse en la cama... volvió á ver aquellos tejidos de seda, aquellos finos encajes, aquel lujo fresco y gracioso que rodeaba su cama de joven.

Al registrar el cuarto dió un grito sofocado á la vista de cuanto la rodeaba. Las sillas estaban sin paja, quemadas y destrozadas las paredes, el suelo sucio y asqueroso. La cama tenía un gergon, sábanas y mantas, cuyo color no se distinguía por su eterno uso.

La delicada niña había aceptado sin mover sus cejas, su cena, la leche y el pan negro; pero no pudo menos de llorar de disgusto y despecho al verse en aquella zahurda en que la habían colocado. La cama la era indiferente, porque seguramente no pensaba dormir. Fué á sentarse delante de una estrecha tronera desde donde veía un rincón del cielo, y allí á su placer, en aquella triste soledad, repasó el curso de las últimas horas de su vida.

Así, de un terror á otro, de un suceso funesto á un sacudimiento mas terrible, su vida la pareció la vida de un infierno. Asombrábase de existir todavía, y sin embargo, en medio de cuanto había sufrido en aquel día, mas horrible era para ella lo que vendría al día siguiente. La incertidumbre de la suerte que la estaba reservada, no podía menos de ser horrible.

Otro pensamiento vino todavía á perturbarla. Aquel Bartollera célebre en su género, y los periódicos de la provincia que refieren las cosas notables hablaban un día de su vida y su infamante muerte, y se veía unida en las aventuras de aquel famoso bandido.

Cayeron entonces sus lágrimas á torrentes, sofocáronla sus sollozos, dió gritos ahogados mirando al cielo y repitiendo con angustia:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿qué he hecho yo para merecer semejante suerte?

Una secreta voz la respondía que había desechado, que había hecho burla de la felicidad cuando la había tenido.

En su desesperación pensó Albertina darse la muerte y precipitarse en uno de los abismos de aquellas montañas.

Pasó toda la noche en la mayor angustia, en la mayor agonía, la cual se aumentó cuando la vela de sebo que la habían dado sordidamente medida vino á apagarse, dejando en la alcoba una humareda infecta. Redoblóse entonces su miedo. Entonces recurrió á la oración, y lloró cual si fuese el último momento de su vida.

IV.

LA SEGUNDA NOCHE.

Al fin amaneció. Vino el día, ese benéfico protector que sobre todo el universo liberta á los seres débiles y amenazados del ataque de los asesinos. A su primera luz tranquilizóse la infeliz niña, pensando que había faltado tiempo á los huéspedes de la taberna para derribar la puerta y matarla, y que el peligro al menos se hallaba suspendido. Dominada entonces por la fatiga dobló la cabeza sobre la miserable silla en que se hallaba sentada, y se quedó dormida.

Eran las doce del día, y el sol abrasaba con su fuego el campo y las magestuosas montañas, cuando se despertó Albertina, y deslumbrada por la luz, aturdida con mil recuerdos, quebrantada por ensueños peores que las crueles escenas pasadas, pero moralmente un poco mas firme por el descanso que acababa de tomar, bajó, no halló nadie en la *Posada del Zorro*, y se llegó á la puerta, tanto para respirar el aire delicioso que había sucedido á la tempestad de la noche, como para ver si la dejarían dar algunos paseos en el campo con libertad.

Subió un sendero que conducía á una pequeña clara abierta en lo espeso del bosque. Después de haber dado algunos pasos en aquella dirección, oyó hablar á cierta distancia, y adelantó siempre hacia aquel lado de donde venían las voces. Era una plazoleta del bosque donde se hallaban reunidos los tres bandidos.

Albertina, ocultándose detrás de las ramas, pudo mirar aquella estrecha sala de verdor.

La plazoleta se hallaba medio oscurecida por la sombra que la daban los árboles graciosamente enlazados. Las hojas se hallaban todavía inundadas de rocío con el brillo de las piedras preciosas.

El diálogo que había oído á lo lejos había cesado. Bartoll, sentado delante de un velador redondo sobre el cual había un desayuno, acababa de dejar su cigarro que ardía todavía á su lado, y cantaba balanceándose en su silla un aria del *Dominó negro*. Enfrente estaba uno de sus compañeros, el que al marchar había ocupado el pescante del carruaje, y al que Albertina no había visto el rostro ni oído la voz. Aquel hombre, enmascarado siempre y con una mano apoyada contra el tronco de un árbol, permanecía en una actitud inmóvil.

Un poco mas lejos el tercer bandido, fumaba tranquilamente sentado sobre la yerba.

Albertina miró y escuchó algunos instantes atentamente;

después se echó hacia atrás y corrió á encerrarse en su cuarto.

Allí se hincó de rodillas y oró á Dios de nuevo con un indecible fervor.

Lo que pidió en aquella oración, los impulsos del alma que la animaban, y los consuelos que recibió del cielo, todo esto fué un secreto entre Dios y ella.

Cuando Albertina se levantó se hallaba enteramente mudada: la calma y la firmeza reinaban solo en sus facciones. El colorido de sus mejillas y la movilidad de su rostro, hubieran podido indicar que una multitud de pensamientos bullían en su imaginación; pero ninguno de ellos era agitado ni doloroso. Se arregló su vestido y se compuso antes de volver á bajar.

Al volver á la sala de abajo encontró reunidos al posadero, su familia y á los viajeros, y aparentó que salía por primera vez de su cuarto.

Después de la revolución que se había verificado en Albertina, todo cambió de faz á sus ojos.

Encontró en el tío Beltrán y su mujer el aire de unas gentes honradas, y aun tan á propósito de su gusto, que no sintió el haberles dado el reloj y las pulseras que les había entregado por miedo. Hasta el hijo mayor de la casa, el alto y rojo, no la causó miedo. Pensó que eran instrumentos de labranza y vestidos de la familia lo que la víspera había metido en el subterráneo, que tanto miedo la había causado.

Albertina se llegó graciosamente al jefe de los bandidos, le alargó la mano y le dijo que estaba pronta á desayunarse con él si quería convidarla á su mesa.

Bartoll quedó maravillado.

Ya saben nuestros lectores que se había desayunado; pero era demasiado político para reusar el deseo de una señora. Volvió á comenzar con ella el almuerzo, y gracias á su apetito de hombre que corre mucho, lo hizo con toda eficacia.

Cuando se levantaron de la mesa, la joven dijo con un aire perfectamente natural:

—Señor Bartoll, el día está muy adelantado, y si queréis que le pasemos en este sitio, tendría mucho gusto en recorrer algunos puntos que me han parecido muy pintorescos.

—Señorita, respondió Bartoll cada vez mas sorprendido, pero colocándose en el mismo diapasón que la joven, me encanta en toda circunstancia el poderos dar gusto; pero en este momento es tanto mas fácil de satisfacer vuestro deseo, cuanto que el percance acontecido al coche le ha puesto fuera de estado de servirnos inmediatamente y es preciso aguardar á mañana para que le dispongan.

—Entonces os pediré me concedáis la libertad de pasearme sola el resto del día. Volveré al anoecer, y mañana os prometo estar pronta á seguirlos.

—Basta. Las disposiciones en que os veo, y el poco placer que pueda proporcionaros este viaje, me hacen muy feliz... Pero confieso que al mismo tiempo me causan alguna sorpresa.

—Lo concibo.

—Esa súbita mudanza...

—Esa mudanza, señor Bartoll, es muy importante para mí, y pienso deciros la causa de ella. Debo tener con vos una explicación seria. Me encontrareis esta tarde á las ocho en un sitio abierto en la espesura del vecino bosque, y allí me reuniré con vos. Os suplico que lleveis también á vuestros

compañeros; quiero que estén presentes en aquel momento de alta importancia, y que debe marcar una época en la vida de los dos.

—Vuestras órdenes quedarán fielmente cumplidas.

Bartoll hizo una profunda cortesía, Albertina se alejó dejando el Meson del Zorro, y se dirigió al campo como había anunciado. No parecía ocupada en su paseo, sino en observar los hermosos sitios de las montañas y los puntos de vista mas notables. Notó pronto en sus paseos, que el mas silencioso de los compañeros de Bartoll la seguía á lo lejos, no tratando de ocultarse á sus miradas, pero sin perderla de vista. Como no había determinado para aquel día ningún proyecto de fuga, la fué indiferente aquella vigilancia.

El sol bajaba en el horizonte.

Cuando Albertina á la hora indicada fué á la plazoleta del bosque en la que había visto á Bartoll por la mañana, y era el punto designado por ella para la cita de la tarde, el jefe de los bandidos y sus compañeros habían ya llegado allí.

Comenzaba la sombra á invadir los bosques dorando las cimas de los árboles los rayos del sol poniente.

Bartoll se hallaba de pie, apoyado sobre una rama de un árbol, y sus dos compañeros un poco mas atrás recostados sobre otros dos árboles con los brazos cruzados. Su actitud, las miradas curiosas que tenían fijas sobre la entrada de la plazoleta, demostraban la importancia mezclada de inquietud que tenía la conversación que se iba á verificar en aquel momento.

Cuando Albertina entró, permanecieron algunos momentos en silencio; después la joven dijo con voz conmovida, en la que dominaba una gran resolución, no obstante cierta temblorosa agitación:

Bartoll, lo que tengo que deciros aquí sale de tal modo de las reglas de la vida común, que he debido también salir de las formas que rodean estas importantes confesiones. He querido haceros conocer mi pensamiento tan pronto como lo he concebido, y he querido que mis palabras fuesen oídas por vuestros dos mas íntimos compañeros, para dar mas solemnidad al compromiso que voy á contraer.

Se detuvo un instante y continuó:

—Inspirado habeis estado al decir: «Tú me perteneces, porque tú también me amas.» Por extremo y fatal que sea este amor, existe. Ha caído en mi alma como esos relámpagos de la tarde que sin ser precedidos de ningún signo de tempestad abrasan la naturaleza. Yo no había nacido sin duda para la existencia y los hábitos dulces que la suerte me había dado en mi casa: necesitaba una felicidad mas agitada aunque tuviese que pagarla con crueles padecimientos. Teníais mucha razón al decir que por este sentimiento *os pertenecía*. Me siento unida á vos tanto mas que si las leyes me hubiesen unido, conozco que mi vida es inseparable de la vuestra, de la que en lo sucesivo participaré voluntariamente sin que nadie pueda separarme de ella. Seguiré vuestras errantes correrías, vuestros días de fatiga, vuestras noches de peligros, toda esa existencia vagabunda llevada mas frecuentemente á los desiertos en donde no haya un techo para abrigarnos... Dividiré con vos todas las condiciones extremas de la suerte que tengais.... Desafiare los peligros del tribunal que os ha puesto fuera de la ley, el escándalo de un proceso, cuyo solo pensamiento hace estremecer, y aun á la mas profunda prision. Os acompañaré hasta el cadalso en el que se muere dos veces, dejando una

memoria execrable y maldita... Lo conozco, Bartoll, sé cuanto hay de extremo y fatal en esto y lo siento con placer. Esto es lo que tenía que deciros.

Después de estas palabras, Albertina, sea que su carácter habitual volviese á recobrar sus derechos y que temblase después de aquel esceso de atrevimiento que acababa de demostrar, sea que quisiese dejar á Bartoll con su asombro y felicidad, Albertina, repetimos, se alejó precipitadamente de la plazoleta.

La impresion que allí dejó no fué absolutamente tal cual se hubiera debido pensar.

Los tres hombres encerrados en el retiro del bosque, mudos, inmóviles, se encontraron aturridos, estupefactos.

Albertina volvió á subir á su cuarto, volvió á ver el horrible interior de aquella zahurda con indiferencia. Siempre tranquila, exenta de sus antiguos terrores, se sonrió al recuerdo del susto que habia pasado la noche anterior en aquella estancia. A pesar de su tranquilidad y reciente firmeza, la jóven no pensó en acostarse en aquella cama como en la noche anterior. Colocóse á la ventana é inclinó la cabeza bajo los pámpanos de la parra que la adornaba. Al cabo de algunos momentos de estar velando al aire libre, divisó una forma sombría y móvil que pasaba por una senda cerca de la casa, y que se dibujaba en primer término en el horizonte. Adivinó en ella uno de los hombres de Bartoll oculto bajo la máscara y embozado en su capa.

Era muy natural que el gefe de los bandidos, acampado sin duda bajo alguna roca de la montaña, quisiese hacer centinela en el sitio en que pasaba la noche. Nada, habia, pues, mas natural que la presencia de aquel hombre á no ser la agitación de su paso rápido y lo repentinamente que se detenía á veces.

Así pasó el hombre enmascarado toda la noche en pasear por delante de la casa. Albertina le estuvo mirando tambien.

A la mañana, al amanecer, todo estaba dispuesto para la partida.

Albertina, Bartoll, y uno de los hombres salían de la posada, el posadero, su muger y toda su fea familia, después de haber acompañado hasta la puerta del patio á los ricos viajeros, se retiraban con su gorra en la mano como fantasmas; y después de haber asustado á la pobre niña que se alejaba de su albergue.

Aguardaba el coche á algunos pasos en el camino que iban á tomar en direccion de Lion á Ginebra. Bartoll vino á colocarse delante de la portezuela abierta del coche, disponiéndose á dar la mano á Albertina: uno de sus gentes cogió el caballo por la brida y aguardó algunos minutos al segundo.

A escepcion de aquellos viajeros, el camino se hallaba enteramente solitario.

El compañero de Bartoll que aguardaban, llegó precipitadamente: entregó un papel cerrado en manos de Albertina é hizo un movimiento para retirarse tan pronto como habia venido.

—Quedaos, dijo Albertina.

Y el tono de la jóven era tan imperativo que permaneció clavado en su sitio.

Albertina, en lugar de subir al coche, se retiró un paso hacia atrás y levantando la cabeza dijo con voz tan segura como firme era su mirada:

—Ya es tiempo de que todo concluya. Vos, el hombre enmascarado no sois un bandido de la comitiva del célebre cazador; sois mi señor primo Federico Laforet: así, quitaos vuestra máscara. Vos, continuó, no sois el aventurero Bartoll, el ladrón de caminos reales, sois Mr. Canoville, ministro fiscal de la audiencia real de Lion.

Los dos jóvenes arrojaron un grito de sorpresa: permanecieron inmóviles y Federico con la cabeza muy baja.

—En cuanto al tercero ¿el señor ha ido en el pescante?... preguntó Albertina.

—Mi criado sencillamente, respondió haciendo una cortés Canoville.

—¡Pero justo cielo! ¿cómo sabeis?... Tartamudeó Federico.

—¡Ah! caballero, para satisfaceros bien, hubiera sido preciso que os hubiéseis olvidado de desenmascararos y ocultado la sortija de oro que os habia dado.

—¡Buen Dios! es verdad, dijo Federico. Pero ¿cómo habeis conocido á Canoville, mi amigo.... qué no habeis visto en vuestra vida?...

—¡No me habeis dicho que vuestro amigo, el señor fiscal, queria siempre cantar el aria del *Dominó negro* y que siempre daba una pifia en la tercera nota?

—¡Ah! ¿Habeis dicho eso, Federico? dijo Canoville retorciéndose los bigotes.

—Pues bien, yo le he oído cantar, continuó Albertina. ¿Pero no teneis vergüenza, continuó cruzándose de brazos y dirigiéndose á Federico, en hacerme pasar una noche terrible, asustándome con precipicios, con gendarmes y con asesinatos? Y vos, señor Canoville, fiscal de S. M. el rey Luis Felipe, ¿no os avergonzais de haber representado uno de los mas abominables reos?

—No hay vergüenza alguna en ello, señorita Albertina, dijo el fiscal, porque lo he hecho tan á las mil maravillas que vos misma os habeis completamente engañado.

—¡Ah! si yo os he hecho pasar una noche terrible... exclamó Federico.

—¿Yo os la he pagado bien? concluyó de decir Albertina. Eso es lo que yo queria.... Sin duda no habeis sido muy feliz en esta última noche, corriendo al través de las montañas y haciendo centinela delante de la casa.... ¡Ah! esto es vuestro sentimiento, añadió abriendo su papel.... Me dejais todos vuestros bienes é ibais á levantarlos la tapa de los sesos.... Teníais razon, no era mucho para el mal que me habeis causado.

—Espero al menos, Albertina, dijo Federico con un tono mas tranquilo, que no desdeñareis mas la habitacion pacífica y dulce de vuestros padres para desear fuera de ella una existencia mas agitada y de movimiento.... ¡Bastantes agitaciones y aventuras habeis tenido!

—Espero con mas razon yo, dijo Albertina, que quedareis curado, Federico, de dar mas lecciones á una muger cuando hayais visto que sabe devolveroslas y haceroslas pagar cruelmente. Y vos tambien tal vez estareis bastante curado, señor Canoville, añadió con mas dulzura y política, de creeros siempre amado, adorado, por algunas miradas en algunos instantes.

—Pero vos no respondeis, dijo con mas fuerza Federico. Se dirigió hacia el coche y dijo riendo:

—No, pero volvamos á Nántua.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

UN MATRIMONIO BRETON EN EL SIGLO XIV.

En el año de gracia de 1375, durante la celebracion de una boda que ponia en movimiento á toda la ciudad de Vanes, Ives de Montrelais, uno de los padrinos del marido, fijó la vista en una jóven y hermosa doncella que creyendo que no la miraban picó con su alfiler la corona de siempre vivas que adornaba la frente de la novia. Era esta una de las diversas maneras por las que una jóven casadera en la vieja Bretaña espresaba su deseo de tener un esposo á su gusto. Bien pronto pareció á Ives de Montrelais que sería una felicidad para él el realizar los deseos de aquella jóven que acababa de conmover su corazon.

Algun tiempo despues, mientras se paseaba á las orillas de la fuente de Kiriose reconoció á la misma jóven que queriendo saber si se casaria dentro del año, había arrojado su alfiler en la fuente. Con grande alegría vió la doncella bretona sobrenadar en el agua su alfiler, porque en su supersticion amorosa acababa de anunciarle aquel signo que ya podia con toda seguridad ir buscando padrino. Hallándose, pues, con la esperanza de casarse, estendió una mañana delante de su puerta el primer hilo que había hilado en aquel día, á fin de conocer el nombre de su futuro, muy persuadida de que el nombre de este sería el de la primera persona que penetrase por su puerta.

Como Ives de Montrelais se hallaba enamorado de la jóven que había visto, y que se llamaba Felicina Villamé, andaba buscando desde que la había visto en la fuente todas las ocasiones posibles de encontrarla, y nada mas natural que uno de estos pretestos fuese el ir á hablar al padre de Felicina; así es que fué el primero que en aquel día se presentó en la puerta de su casa, la que pasó por donde estaba estendido el precioso hilo; pero crédula y sencilla la jóven, vió con el mayor placer confirmado lo que deseaba en las continuas visitas que le hacia Ives de Montrelais, quedando muy persuadida de que todo aquello lo debía á la eficacia de los medios que había puesto en planta para conocer el nombre de su futuro.

Animado Ives de Montrelais cada vez mas, y deseando salir de la cruel incertidumbre que le atormentaba, fué á declarar su atrevido pensamiento á Felicina, que escuchó favorablemente su peticion. A la mañana siguiente fué acompañado de sus parientes mas próximos á ver al padre de su futura, llevando la esperanza de que serian admitidos sus deseos. En breve se pusieron acordes unos y otros, y se ocuparon de los esponsales. En aquella época se verificaba esta ceremonia en Bretaña por la presentacion que el futuro hacia á su novia de un anillo y de un par de zapatos. Significaba esto que tomaba posesion de su esposa, atándola en cierta manera los pies y las manos por medio del calzado y del anillo. Segun la nueva costumbre los objetos de Ives y de Feliciana fueron promesas de matrimonio garantidas por arras que los parientes de la doncella dieron á los del jóven.

Hechas estas promesas delante de un sacerdote, que las cimentaba con oraciones y bendiciones, tenían por objeto el proporcionar á los dos prometidos la ocasion de conocer antes del matrimonio sus disposiciones naturales, su genio y

su carácter. El tiempo que mediaba entre estos esponsales y la boda, era un tiempo de prueba que solo sirvió para acrecentar el mútuo amor de Ives y de Felicina.

Por último, llegó el día de la celebracion nupcial. El domingo que precedió á aquel día fué el futuro á buscar á su novia, y la llevó á casa de sus padres, donde pasaron juntos el día. Esto es lo que se llamaba pasar un *hermoso domingo*. Tuvose gran cuidado de servir durante la comida peras y queso, segun el proverbio que aun se conserva en algunas provincias, de que la pera con el queso es el matrimonio.

Fijado el día para la ceremonia, Ives de Montrelais se presentó acompañado de su padrino, de los testigos y de un bardo, desde por la mañana en la casa de su futura. La puerta estaba cerrada. Entonces el bardo improvisó con una facilidad original cánticos y arengas en verso que tuvieron el poder de hacer descorrer los cerrojos, é intimó la entrega de Felicina. El campeón que ella había escogido fué á buscar sucesivamente diez jóvenes, las que presentó al cantor nupcial elogiando sus atractivos y sus virtudes; empero el bardo, meneando la cabeza y continuando en el harpa, cuyos sonidos espresaban la impaciencia y al mismo tiempo el amor, reclamó que ninguna de aquellas diez era la que le habían prometido. Por último, se presentó la novia, y á la taciturnidad habitual de los bretones sucedieron mil aclamaciones y gritos de alegría.

Formada la comitiva, los padrinos y los testigos armados y á caballo abrian la marcha; despues de ellos seguian las doncellas amigas de la novia. La primera llevaba una espina blanca guarnecida de cintas y de frutos: la segunda una rueca con su huso. Cantaban alternativamente las canciones de la espina y del huso. especie de coplas sobre las penas, los cuidados, y obligaciones del matrimonio; á que contestaban otras doncellas enumerando sus consuelos y placeres.

Llevaban delante de los futuros esposos todos los regalos que les habían dado, telas, vestidos, provisiones, muebles de menaje, todo aglomerado en una carreta adornada con ramas y cintas.

Adornada Felicina con la corona nupcial de su futuro, marchaba en el mismo grupo: los parientes y los amigos cerraban la marcha.

Revestido el sacerdote con alba y estola, recibió á los novios en el pórtico de la iglesia; y antes de hacerlos entrar exigió la lectura del acta por la que el esposo constituia una dote á la esposa, segun la costumbre de Bretaña. Esta acta sa hallaba concebida en los términos siguientes:

«En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad, amen. Estando instruido por los ejemplos de los patriarcas y de los Santos padres, y convencido de las ventajas que reporta el matrimonio, yo Ives de Montrelais os declaro por el órgano del pastor aquí presente, que como á Felicina Villamé por mi querida esposa. La doy por derecho de regalo y donacion la mejor parte de mis bienes, á saber, el derecho de pontazgo que tengo en Saint Badé. Cincuenta libras de nuestra moneda, de las que treinta serán empleadas con el consejo de nuestros comunes amigos, en edificarla una casa en un lugar conveniente, y el resto en compra de tierras: ademas, me obligo á tratar honrosamente á la susodicha Felicina Villamé, rogando al pastor aquí presente, que en caso de que faltase á las obligaciones dichas, me compe-

liese á su cumplimiento con la escomunion de mi persona y el interdicto de mis tierras, sin tener ninguna consideracion ni relajar el rigor de la sentencia.»

Los testigos firmaron y sellaron esta acta, que fué ratificada por el obispo.

La bendicion nupcial se compuso de oraciones, por las que el ministro del altar deseó que la esposa fuese amable con su marido como Raquel, prudente como Rebeca, fiel y de larga vida como Sara.

Dada la señal para volver, cada pareja montó sobre los caballos que habian traido, y se pusieron en marcha á la vez. Los que primero llegaron desataron los lazos y cintas encarnadas fijas en un mayo que habia plantado enfrente de la puerta: los que llegaron despues quitaron las cintas

azules, y estas cintas fueron todo el dia como una especie de condecoracion ó distintivo.

Entretanto la casa donde se iba á celebrar la boda estaba iluminada y dispuesta para el festin. La novia tomó el asiento principal, pero el novio en pie y vestido de blanco, tenia que servir en la mesa á los convidados.

Cuando se concluyeron los primeros platos, los bardos improvisaron cánticos en honor de los convidados, y los invitaron á que llenasen de nuevo sus copas añadiendo: «que la alegría de este hermoso dia no os haga olvidar los muertos.» Entonces entonaron un *de profundis*, y despues de aquel cántico fúnebre, se trajo el segundo servicio de la mesa.

Este primer dia se terminó por mil juegos diferentes,



Ives de Montrelais á la puerta de Felicina.

entre los que se distinguían muy principalmente las danzas bretonas. Al dia siguiente los novios hicieron celebrar, como era costumbre, la conmemoracion de sus parientes difuntos, á la que asistieron de rigoroso luto y mostrando gran dolor, y solamente á la tercer noche de boda es cuando los jóvenes fueron conducidos al lecho nupcial para poder consumir el matrimonio.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

COLEMAN TRAJANA.—Este monumento, uno de los mas hermosos de los tiempos antiguos, y que los bárbaros han

respetado, fué levantado á costa del senado á la gloria del emperador Trajano. El griego Apolodoro, habilísimo arquitecto, dió el dibujo. Esta columna, del orden toscano, fué construida con trozos de mármol blanco; un bajo relieve que rodea la espiral, esculpido en ella, representa las victorias de Trajano. En la cúspide de la columna estaba la estatua de aquel emperador, que nació en nuestra España. Hoy ha desaparecido la estatua de Trajano, y ha sido reemplazada por la de San Pedro dando la bendicion á la ciudad. La célebre columna de la plaza de Vendome, alzada á la gloria de Napoleon, y sobre la que se ve su estatua, no es mas que una copia de la de Trajano.